



– Elena Fieschi Viscardi –

Psicoanalista de niños, adolescentes y adultos (SEP/IPA); miembro del Fórum para el Psicoanálisis de Niños de la Federación Europea de Psicoanálisis. (Barcelona)

Saludo ¹

Il calore d'un giorno di settembre è un bene che non devi lasciar perdere.

El calor de un día de septiembre es un bien que no debes dejar perder ².

Septiembre es volver a empezar. Recuerdo de pequeña volver a casa después de semanas veraneando con los abuelos. Septiembre es la luz que cambia, que se torna más dulce, menos incisiva y a la vez más clara y brillante.

Pero... ¿a dónde habremos vuelto este año? Los niños han vuelto a la escuela, a un lugar perdido desde hace ya tiempo, desde hace meses, no semanas. Tal vez, ni en las guerras habían estado los niños tanto tiempo sin escuela. ¿Recordarán ahora las rutinas, primero tan añoradas, que acompañan y reaseguran el día a día? ¿Cómo viven los nuevos hábitos, venidos quizás para quedarse durante mucho tiempo?

Para algunos, los meses pasados en casa supusieron una alteración difícilmente tolerable de sus ritmos. Para otros, quizás un refugio seguro ante un mundo sentido como amenazador y peligroso. Hay quien esperó con impacientes ganas la vuelta y quien vivió el temor de enfrentarse de nuevo al miedo de lo que viene de fuera y no se puede controlar.

Y es que la incertidumbre y el miedo, más allá de tener raíces en el mundo interno de cada uno, ahora surgen de fuera, son sentimientos reales y compartidos.

Me pregunto cuál debe de ser la vivencia de un bebé nacido durante el invierno 2019-2020. A partir de la primavera vio cómo las sonrisas de la gente, de los que no eran los más cercanos, desaparecían tras las mascarillas. También los brazos que le sostenían, las manos que le acariciaban se restringieron a los de la familia más íntima. A veces en la calle, en la cola del supermercado, si veo un niño pequeño en el cochecito, le sonrío. Sus ojos me miran con curiosidad. Pero ahora, ¿sabrá ese niño ver una sonrisa tan sólo por el brillo de los ojos?

En las sesiones, cuando se han podido reestablecer con la presencia física, con

maskarilla y distancia, me doy cuenta de que hablo más fuerte, que gesticulo más, que exagero la expresión de la cara para que se note a través de los ojos lo que estoy intentando transmitir ³.

Vamos tomando conciencia de nuestra vulnerabilidad. Somos unos seres frágiles, parte de la naturaleza y de la arbitrariedad de un virus que necesita imperiosamente nuestro cuerpo para multiplicarse. Y, sin embargo, hemos tenido que darnos cuenta cuando la enfermedad nos ha tocado de cerca, cuando ha pasado por nuestro lado en un primer mundo donde todavía creíamos en nuestra superioridad, en la omnipotencia de nuestra inteligencia y del progreso. Pero todavía mueren más niños de hambre que enfermos por la COVID-19. Y no es necesaria vacuna alguna para curar el hambre. Sólo pan, arroz. Sólo sentir que, como decía el poeta John Donne, "Nadie es una isla, completo en sí mismo; cada hombre es un pedazo de continente, una parte de la tierra". Una madre-tierra negligida y maltratada.

Parece que sólo nos preocupa aquello que es cercano e inmediato. ¿No es eso ser un poco autistas? Es también una falta de empatía, de poder sentir más allá de nuestra piel. Si no fuera así, nos hubiéramos tal vez "confinado" también para reducir la contaminación y alejar los desastres del cambio climático. Pero, claro, tal vez cuando ocurra ya estaremos muertos. De COVID-19 o de otra cosa. Porque no somos inmortales.

Este otoño hemos vuelto, a las escuelas, a las consultas. Nada es igual. Nos han enseñado a protegernos; nos hemos adaptado para sentirnos más seguros. Pero no existe el riesgo cero. ¿Qué riesgos son asumibles? ¿A qué no podemos renunciar? Creo que no podemos renunciar a abrazar a un niño que llora. A sentarnos en el suelo a

¹ Traducción realizada por el Equipo *eipea* del original en catalán.

² Attilio Bertolucci, *Esercizi di settembre*, da *Viaggio d'inverno*, 1984.

³ En el último número de la *Revista Catalana de Psicoanàlisi* (Vol. XXXVII nº1, julio 2020) podéis encontrar una compilación de trabajos sobre las diferentes vivencias de terapeutas y pacientes en el tiempo del confinamiento. En algunos, podréis leer cómo se han podido llevar a cabo sesiones con niños autistas o con niños pequeños también desde la distancia.

jugar con un paciente pequeño, a limpiarle los mocos (y después usar el omnipresente y utilísimo gel). A acompañar, si nos dejan, a una persona mayor que se siente sola.

Es un difícil equilibrio: no exponernos al virus cuidándonos a nosotros mismos en la medida de lo posible, pero sin miedo al otro, sin perder un sentimiento de empatía y de compasión. Con paciencia y creatividad.

Buen otoño, buen regreso, lectores de *eipea*, con el deseo de que sigamos siendo humanos, frágiles y mortales. ●

